

Santa Clara, nos encontramos en aquellos siglos, hasta el último tercio del XIX, con la gran cantidad de clero existente en nuestra población, destacando en primer lugar los once capellanes de San Bernardo, que unidos a los de Santa Clara, más los dominicos veladores de la fe, con los franciscanos, iglesia de Santa Quiteria, unidos a los Jerónimos, calle de El Escorial y los sacerdotes que tenían sus capellanías correspondientes en las parroquias de San Blas, Santa María y San Sebastián sin olvidar los que atendían al Asilo (actual centro de la Seguridad Social), podemos pensar, sin equívocos, que entonces, la ciudad gozaba de una excelente posición, tanto geográfica, como termal, aunque no tuviese aguas, por aquello de que:

Villarrobledo, clima sano.
Curas en invierno
curas en verano.

Pasemos a lo que fue y las motivaciones que indujeron a Quiteria Cañizares, Ana Mangas, María Burrillo, Gerónima Abarca, Matea Alarcón, Caridad Pacheco y algunas otras que no citamos por no hacer demasiado extensa la nómina de "beatas", que adoptaron un hábito morado y que se reunían en distintos lugares dentro de las casas de cada una de ellas, pues contamos con la flor y nata de la sociedad de Villarrobledo, que, por unas u otras razones, no había querido encerrarse entre las paredes conventuales, aunque todas ellas podían seguir disfrutando de su servidumbre, sus veladas teatrales, etc., dada su posición económica en tierras, valor absoluto de una economía primaria.

Los frailes dominicos no estaban muy de acuerdo con esa reunión de beatas, ya que las mismas, por exigencias a la sociedad que pertenecían, asistían a alguna fiesta conmemorativa, bien bodas, bautizos y la celebración de la llegada de algún familiar que había estado luchando en los tercios.

Más de una vez, el padre superior de los dominicos les exigió la "regla", sobre la cual cimentaban su beatería. Esta regla, como es lógico, no se le dio por la sencilla razón de que no la tenían, es decir, que aunque al grupo se unieron beatas procedentes de los conventos —las cuales no estaban sujetas a la disciplina del mismo— y que servían en ellos como demandaderas y otros menesteres pro-

prios de la calle, por no romper la clausura de aquellas que habían hecho los votos perpetuos. Las informaban de las reglas del Císter, por ejemplo, pero ellas iban por libre y esto no gustaba a los que tenían la misión de meter en vereda cualquier brote, supuesto o real de heterodoxia. Por ello, las visitas eran constantes y dado que se trataba de familias pudientes tampoco querían levantar polvareda, pero de hecho más de una vez Quiteria fue requerida por los dominicos para presentarse ante el inquisidor local. El gracejo y la habilidad de la interrogada dejaba muchos puntos en suspenso, que ni los más avisados en cosas ortodoxas podían fundamentar acusaciones, pero esa pertinaz persecución y vigilancia a que estaban sometidas dio pie a que una de las beatas que había ingresado, procedente del convento de San Bernardo, fue a parar a los sótanos de la Inquisición local. Se empezaron a mover todos los hilos y las fundadoras de dicho beaterio, sin un asentamiento permanente, crearon deprisa y corriendo unas reglas, en las que encajaba perfectamente la actitud de esta beata, pero que al ser presentadas el inquisidor no se atrevió a darle el visto bueno y las envió al tribunal supremo de la Inquisición. Mientras tanto, dejaron libre a esta mujer y el plan que tenían trazado lo pusieron en marcha, mientras llegaba, o no, la aceptación o rechazo de sus reglas.

Este plan consistía en alejarse lo más posible de la villa, y evitar así toda intromisión de los sabuesos inquisitoriales. Para ello, nada mejor que en las tierras que poseía Quiteria levantar un gran edificio, como lo hicieran las monjas bernardas, pero con otro fin, es decir, dedicarlo por entero a beaterio, llevándose su capellán al mismo.

Así fue, como empezó y se terminó, en plazo breve, lo que sería el refugio de estas mujeres que sufrían toda clase de espionaje, incluso de su mismo servicio, El beaterio construido, con aportación de todas las más poderosas económicamente, se levantó a unos diez kilómetros de Villarrobledo y hoy sigue en pie y se puede admirar, ya que la gente bautizó enseguida dicha edificación con el nombre que hoy conserva: "Las Beatas".

El capellán que las acompañó, con residencia aparte, era un hombre que no veía nada bien la